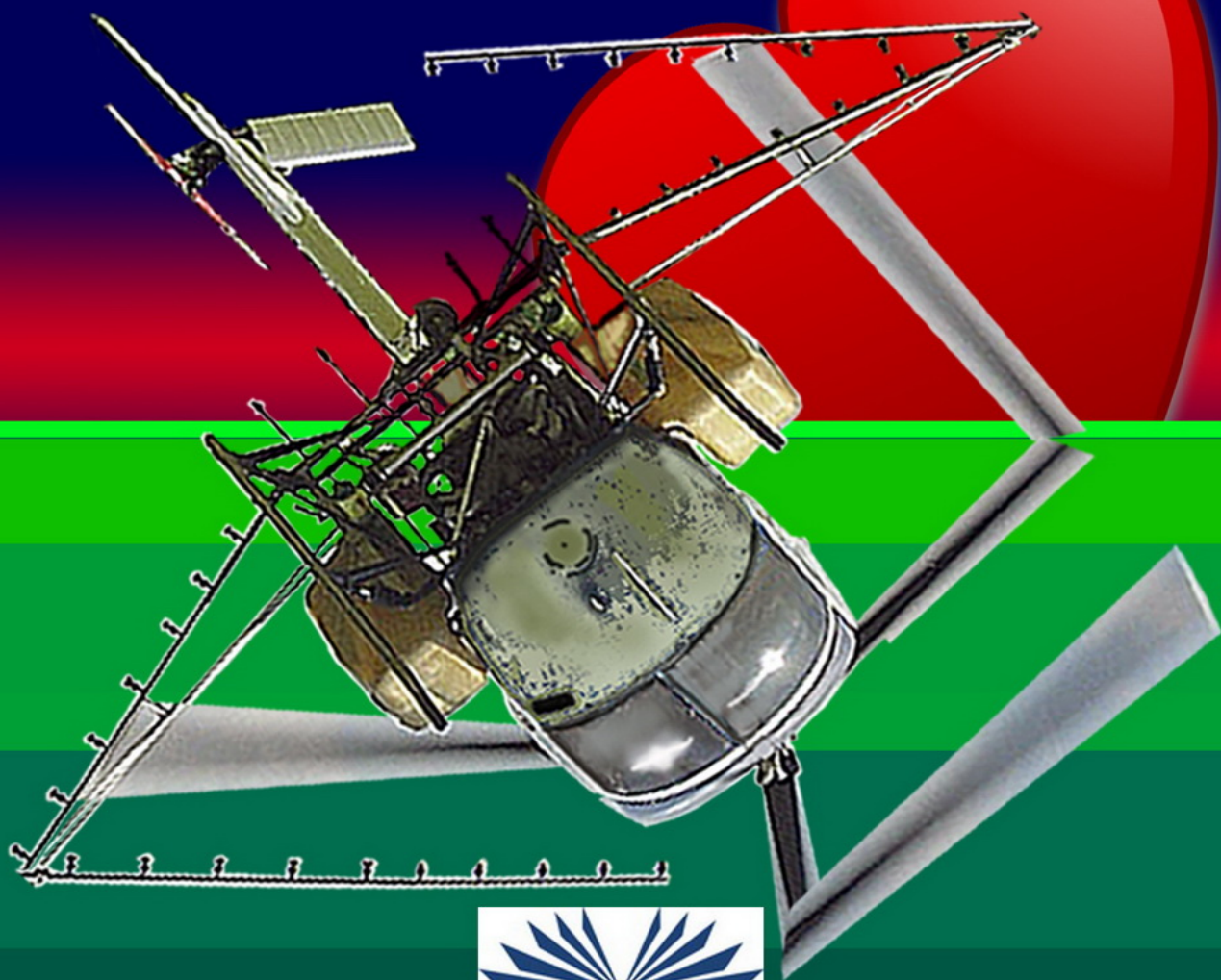


giovanni odino

HA CAÍDO UN PILOTO EN MI JARDÍN



novela

Giovanni Odino

Ha caído un piloto en mi jardín

Amores, crímenes y magia en las colinas del Oltrepò Pavese

Novela

Título original: È caduto un pilota nel giardino

Traducción de Delia Nieto Sanz



*Ha caído un piloto en mi jardín
Amores, crímenes y magia en las colinas del Oltrepò Pavese
de Giovanni Odino*

*Novela
Tektime - Traducción de libros
Traducción de Delia Nieto Sanz*

*El proyecto gráfico y las imágenes de la cubierta son del autor.
Los caracteres utilizados para la cubierta es Diplomata Licenza **SIL Open Font License**.*

*Para las imágenes número 1 y 2, provenientes de internet, no se han encontrado créditos de autor.
Rogamos nos disculpen por toda omisión involuntaria. Las imágenes número 3 y 4 son del autor.*

*Los personajes y los nombres son ficticios. Toda referencia a hechos acontecidos y a personas que
han existido realmente o que todavía viven debe considerarse absolutamente casual.*

*© Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida sin autorización, excepto breves pasajes en
el marco de una crítica literaria.*

Ha caído un piloto en mi jardín

I

21 de junio de 1988, martes — El accidente

Aún unas horas de trabajo y habré acabado por hoy. Mañana será el último día. Si sigue haciendo buen tiempo, tendremos al menos tres días de descanso. Uno para perfeccionar el vuelo en helicóptero de Diego y dos para mí.

Veamos la estela... bien, no se expande fuera del viñedo. Cierro la bomba. Subo el morro, giramos. Junto a ese poste, ahora abro la bomba de nuevo. La velocidad es correcta. Más potencia, ahora otra vez hacia abajo. Las temperaturas son correctas; todavía tengo gasolina para media hora.

A lo mejor doy un salto a casa de mis padres. O dos días en Recco, o Camogli. Se tarda media hora con el coche. Pero ¿con quién? No quiero problemas. Me gustaría algo relajante.

Cierro la bomba. Giro. Controlo la estela. Retomo desde allí. Más potencia. Bomba. Revoluciones del motor, cuidado.

Podría pedírselo a la chica del estanco. Creo que no tiene novio y siempre me sonríe cuando voy a comprar los cigarrillos.

Cuidado con la barra de la derecha. ¿Paso, con ese poste? Así está bien. Al fondo veo el cable del teléfono. Tengo que recordarlo.

Tendrá veinticinco años. Un poco joven, pero no lo suficiente como para no saber qué significa pasar dos días en el mar. Hoy iré a comprar dos paquetes. Entraré solo si no hay nadie y le preguntaré si quiere ir a Camogli conmigo. Nos vamos el sábado después de comer y volvemos el domingo después de cenar. No está mal. Seré claro, una cosa entre amigos. Sin complicaciones amorosas. Solo sexo sano.

Cuidado con el árbol. Más potencia... ¡Mierda! He tocado. Vibra un montón. Empieza a dar vueltas. Pedal. No funciona... he tocado con el rotor

de cola. Menos potencia. Hay un espacio abierto. Abre la válvula, empina al máximo. Velocidad cero. Las revoluciones... las revoluciones. ¡Dios mío, qué pocas! Nivelas la posición. Las revoluciones... cae demasiado rápido. Sobre el prado. Se ha hundido el asiento.

Las palas del rotor han golpeado el suelo. Salgo disparado.

Cuidado con la cabeza. Debo mantener la tensión muscular. Los mandos tienen sacudidas. Se me escapan de las manos. Un trozo de una pala se ha empotrado en el árbol. El motor sigue en marcha. Menos mal que he bajado las revoluciones. No consigo atrapar los mandos. Me estoy cayendo, pero por mi lado.

Qué golpe.

El motor se ha parado. Esperemos que no se incendie. Qué silencio.

¿Qué es esta agua? Es el producto que entra en la cabina. No puedo moverme. Espero no haberme roto la columna.

Dudaba de cómo reaccionar. Venciendo sus miedos, se dirigió hacia la puerta de la cocina que daba directamente a la amplia veranda que se asomaba al jardín. Se acordó de la tarta: no podía quemarse bajo ningún concepto, sea lo que fuere que había pasado. Volvió al horno, lo apagó y salió.

Rodeado de rosales variados y de manchas de las mil flores multicolores de las plantas de la huerta, de los árboles frutales y de los ornamentales, había un amasijo informe de piezas metálicas humeantes: era un helicóptero, roto y abollado, en medio del amplio jardín de la villa.

La nave estaba volcada hacia un lado, con un patín levantado hacia el cielo, como la pata de un pájaro víctima de un cazador.

De la amplia fisura de un depósito se escapaba un líquido azul que se vertía en el interior de la cabina, sobre las partes metálicas y también sobre el motor todavía caliente, produciendo una columna de vapor sibilante. El derrame llegaba hasta la hierba del jardín, donde se había formado un charco alimentado también por el contenido de otro depósito, aplastado entre el helicóptero y el terreno. Las palas del rotor estaban arrancadas y esparcidas por el jardín, y la cola estaba rota y plantada en la tierra como para sujetar la estructura.

Carlotta se acordó del helicóptero que trabajaba los veranos para los viticultores de aquellas colinas del Oltrepò Pavese, esparciendo el pesticida que protegía los cultivos de los ataques de mildiu. Más o menos una vez por semana lo oía volar sobre los viñedos que cubrían las colinas alrededor de su casa. Se dio cuenta de que no veía al piloto.

Esperemos que no se haya hecho daño.

Estaba intentado decidir si debía acercarse cuando el rugido de un motor atrajo su atención. Un Fiat Ritmo blanco frenó bruscamente delante de la verja de acceso a su casa, produciendo, al derrapar sobre el camino blanco, una nube de polvo. Del coche salieron tres personas que, después de trepar el pequeño muro y el seto de laurel, corrieron hacia el helicóptero. Carlotta los vio pasar por delante de ella sin que ninguno diera indicios de haber notado su presencia.

—¡Edoardo! Edoardo, ¿estás bien? —gritó, nerviosísimo, el hombre más anciano de los tres, mientras corría hacia el helicóptero.

—Espera, Maurizio. Espera antes de acercarte, podría haber riesgo de incendio —le previno el segundo hombre, más joven, que iba corriendo detrás de él llevando un extintor portátil. Tenía una expresión serísima y parecía muy preocupado.

El tercero, un chico atlético con el pelo castaño claro bastante largo y unos ojos azules brillantes, se paró antes, más cerca de Carlotta, como si no tuviera el valor de acercarse más a la escena del siniestro. Carlotta notó que, a parte del hombre más anciano, vestido con el estilo de los agricultores cuando están de faena, con pantalones amplios y camisa de cuadros arremangada, los otros llevaban unos monos de color azul con grandes bolsillos.

—Buenos días. —Carlotta saludó al joven para llamar su atención.

El chico se dio la vuelta y la miró, como si se hubiera dado cuenta de su presencia solo en ese momento.

—Buenos días, señora. Perdóneme, pero no la había visto.

—Me he dado cuenta. Soy Carlotta Bianchi y este es mi jardín. Sois del helicóptero, me imagino.

—Sí, sí. Hemos venido por el accidente —respondió precipitadamente el joven, volviendo a mirar el helicóptero con los ojos desorbitados.

—Edoardo. Respóndeme, ¿cómo estás? —seguía llamando con voz fuerte el primer hombre, mientras intentaba meterse bajo la mole de metal, pringándose en el charco azul que se había formado bajo y alrededor del helicóptero.

—Joder. Sacadme de aquí. ¡Me estoy ahogando en el producto! —pidió con vehemencia el piloto, que permanecía atrapado bajo la nave volcada.

—Gracias al cielo está vivo. Diego, ven y empuja la cabina. Tienes que conseguir levantarla unos diez centímetros mientras Carlo y yo intentamos extraer a Edoardo —dijo el hombre más anciano.

—Vale. Voy —respondió el chico, haciendo un gesto a Carlotta, como pidiéndole permiso para alejarse.

—Edoardo, ¿puedes mover las piernas? Inténtalo con cuidado, y si sientes dolor no fuerces el movimiento —dijo Maurizio, que había tomado la dirección de las operaciones con autoridad.

—Puedo, e incluso lo haría mejor si no tuviese esta mole de chatarra encima. Sacadme de aquí y os haré ver un par de pasos de vals.

—Veo que estás bien, puedes soltar las tonterías típicas de todos los días —dijo Carlo, que, mientras tanto, había dejado el extintor en el suelo y había conseguido cogerle un brazo.

—¿Listo, Diego? Cuando diga «vamos» levanta lo más que puedas.

Carlotta observaba con una cierta admiración la aparente facilidad con la que los tres hombres se estaban coordinando en el salvamento. Se veía que estaban acostumbrados a trabajar juntos.

—Vamos, Diego, levanta... ¡para! —ordenó Maurizio—. No te muevas, Edoardo, te sacamos nosotros. Venga, Carlo. Juntos. Tiii-ra, vamos, tiii-ra, último esfuerzo: tiii-ra.

Edoardo apareció de debajo del helicóptero con gran satisfacción de todos. Se puso de pie soltando un grito a todo pulmón:

—Aaagh... —Después, apretando fuerte los puños y cerrando los ojos, volvió a gritar—: Aaagh ... —como un guerrero maorí queriendo asustar a sus enemigos.

Carlotta vio erguirse en medio del amasijo aquella figura imponente, con el mono de vuelo empapado pegado al cuerpo. De la cabeza a los pies, estaba todo recubierto de un bonito color azul. Le pareció un extraterrestre y pensó en el helicóptero como una nave espacial. Sintió una breve perturbación en el pecho y le vino en mente la letra de una vieja canción:

*Extraterrestre llévame lejos,
quiero una estrella para mí,
extraterrestre ven a atraparme,
quiero un planeta para volver a empezar.*

Edoardo jadeaba, tosía y escupía una saliva azulada. —Joder. Qué asco me da esto. Soy un idiota. Un idiota. Sabía que tenía que volar más alto. Lo sabía.

—Túmbate, tranquilízate un poco. Hemos llamado a la ambulancia y estará aquí dentro de poco —dijo Maurizio.

—Pero ¿qué ambulancia? No tengo nada. Quiero ir al hotel a lavarme y quitarme esta porquería.

»Mierda. ¿Habéis avisado al jefe? Tenemos que pedir otro helicóptero para seguir con los vuelos.

—No te preocupes por el trabajo —intervino Maurizio—. Eso ya lo arreglaremos más tarde.

—Pues llevadme para que me lave. ¿No veis cómo me he puesto?

Llegó una ambulancia y aparcó rápidamente detrás del Fiat Ritmo de Carlo. Maurizio hizo un gesto con la mano para llamar la atención. Salió una persona y corrió hacia el grupo.

—Soy el enfermero. ¿Quién es el herido?

—Él —dijeron Maurizio y Carlo al mismo tiempo, señalando a Edoardo.

—Pero qué herido ni qué ocho cuartos. ¡No me he hecho nada! —exclamó el piloto—. Aquí el único herido es él, piensa qué puedes hacer para reanimarlo. —Se dio la vuelta señalando con el índice en dirección del helicóptero.

Carlo intervino:

—Érase una vez un helicóptero de constitución sana y robusta. Después tuvo relaciones íntimas con un piloto poco recomendable.

El enfermero los miró a todos como si hubiera llegado allí por error. Se recuperó rápido, porque él también estaba acostumbrado a gestionar situaciones de emergencia.

—Tenemos que ir al hospital para asegurarnos de que no hay lesiones internas o un traumatismo craneal. —Hizo un gesto al conductor de la ambulancia y al voluntario, que completaban el grupo que había llegado con él, para que se acercaran con la camilla.

—Joder. ¿Cómo tengo que deciros que no me pasa nada? Alejad esta camilla de aquí. Da mala suerte, y al final alguien va a necesitarla de verdad.

—Al menos déjeme hacer los controles mínimos para determinar su estado —pidió pacientemente el enfermero—. ¿Era un líquido tóxico? ¿Lo ha ingerido?

—Me ha llegado a la boca, pero no lo he tragado. No puede ser muy venenoso, si no, estaríamos todos muertos hace tiempo —respondió Edoardo. Después se sentó en la hierba y consintió, mientras se calmaba, a que le hicieran unas pruebas. Después de un examen rápido, el enfermero excluyó el traumatismo craneal y los daños a la columna vertebral.

—Si realmente no quiere ir al hospital me tiene que firmar esta hoja en la que declara que renuncia por voluntad propia.

—Démela, firmo todo. Pero que no haya facturas después.

El enfermero, que tenía mucha experiencia, sonrió: había notado una cierta alteración en el comportamiento del piloto, debida a la adrenalina que todavía circulaba por su cuerpo, pero también veía, por lo que había podido verificar durante las pruebas y por cómo se movía para todos lados, escupiendo y blasfemando, que no había sufrido ningún daño físico. Una vez firmada la declaración curioseó unos minutos más junto a los otros dos colaboradores alrededor de los restos del helicóptero, y después decidió que podían irse. Los tres volvieron a entrar en la ambulancia e intentaron marcharse. Lo intentaron, porque durante todo este tiempo se había juntado un pequeño grupo de curiosos, y sus coches habían bloqueado la carretera. Tras unas cuantas maniobras y varias imprecaciones, la ambulancia

consiguió marcharse. También el grupo de curiosos se marchó, después de las muchas invitaciones amables, pero firmes de Maurizio y de Carlo a que lo hicieran.

—Bueno. ¿Queréis llevarme al hotel? —preguntó, irritado, Edoardo—. ¿Tengo que llamar a un taxi? ¿Tengo que ir en helicóptero?

Empezaron a reír todos, que lo miraban mientras se observaba a sí mismo, con las manos en la cintura, goteando líquido azul.

—Vamos. Te llevo yo —dijo Maurizio.

—Si quiere, puede ducharse aquí —intervino Carlotta.

Se dieron la vuelta para mirarla. Maurizio, que conocía a la mujer por haberla visto alguna vez en el pueblo, pero sobre todo porque vivían en la misma colina, se dio cuenta de que ni siquiera le habían pedido permiso para entrar. Le habló, con una clara expresión de embarazo en su cara:

—Gracias, señora Bianchi, perdónenos por la intrusión. Hemos sido maleducados, pero estábamos preocupados por el piloto.

—¿Y quién no lo habría estado? —respondió ella. —Para nosotros no hace falta, pero si el piloto pudiera, sería muy amable por su parte.

—Como les he dicho, no hay ningún problema. Maurizio se dirigió a Edoardo:

—Tú, es mejor si te arreglas aquí. La señora te deja usar su baño. Nosotros vamos rápidamente a limpiarnos y volvemos enseguida. Nos encontraremos dentro de media hora, todos arreglados.

—De acuerdo, hasta luego —respondió Edoardo. Todavía se sentía algo aturdido, y la idea de darse una ducha inmediatamente lo seducía. Después añadió—: Maurizio.

—Dime.

—Dame uno de tus cigarrillos. Los míos ahora solo valen para los pitufos. —Enseñó la caja de cigarrillos holandeses, aplastada y empapada de agua azul.

—Cuidado al fumarlo. Es para hombres de verdad, no como tus cigarrillos para mariquitas.

Edoardo sonrió con expresión de resignación, y cogió con dos dedos, para no mancharlo, el cigarro toscano que le daban.

—Démelo, señor Edoardo, he oído que le llaman así, así lo mantendré seco. Soy Carlotta Bianchi.

—Edoardo Respighi, es un placer. Siento la que he montado...

—No se preocupe. Lo importante es que no esté herido.

—Entonces, hasta luego —dijo Maurizio.

Carlotta precedió al piloto hasta el cuarto de baño. Cogió unas toallas limpias de un mueble apoyado en la pared, y un albornoz para hombre. Se aseguró de que en el estante de la ducha hubiera gel y champú y colocó una alfombrilla en el suelo y unas sandalias havaianas.

—Están limpias —dijo—. Deberían ser de su talla.

Edoardo la miró y se excusó otra vez:

—Gracias, señora. Siento tanto las molestias...

—No se preocupe, tómese su tiempo.

Los ojos del hombre, que resaltaban en el azul de la cara, le hicieron el efecto de la mirada de un animal... de un animal herido, todavía peligroso, con toda su fuerza, pero que también necesitaba esconderse y curar sus heridas.

Se acordó del gorila que había visto hacía muchos años —todavía era una muchacha joven— en un zoo llamado impropriamente jardín zoológico, ya que de jardín no tenía nada, instalado en un espacio que no bastaba para contener su deseo de libertad. Cuando Carlotta cruzó la mirada con él recibió un impulso de fuerza animal constreñida por la impotencia. Se había sentido asustada y al mismo tiempo atraída por aquella llama de humanidad primordial que había notado en la mirada del gorila. En su interior se había creado un estado de excitación que se calmó solo cuando, al reparo de un árbol enorme y algunos arbustos, convenció a su novio para hacer el amor.

—Marcello, tesoro... más fuerte. Más fuerte —insistía con la voz ronca, mientras lo abrazaba con todas sus fuerzas. Solo en otras pocas ocasiones le había susurrado, casi como si no quisiera que le oyera, aquellas palabras que ahora sin embargo pronunciaba lentamente acompañándolas con potentes movimientos de cadera. No tardó mucho en alcanzar el culmen del placer, lo cual alivió a su compañero: no habría podido resistir mucho más un tal asalto. Después recordaría aquel episodio como una prueba del amor fuerte y el gran deseo que Carlotta, de joven, sentía por él. Ella, por el

You've Just Finished your Free Sample

Enjoyed the preview?

Buy: <http://www.ebooks2go.com>